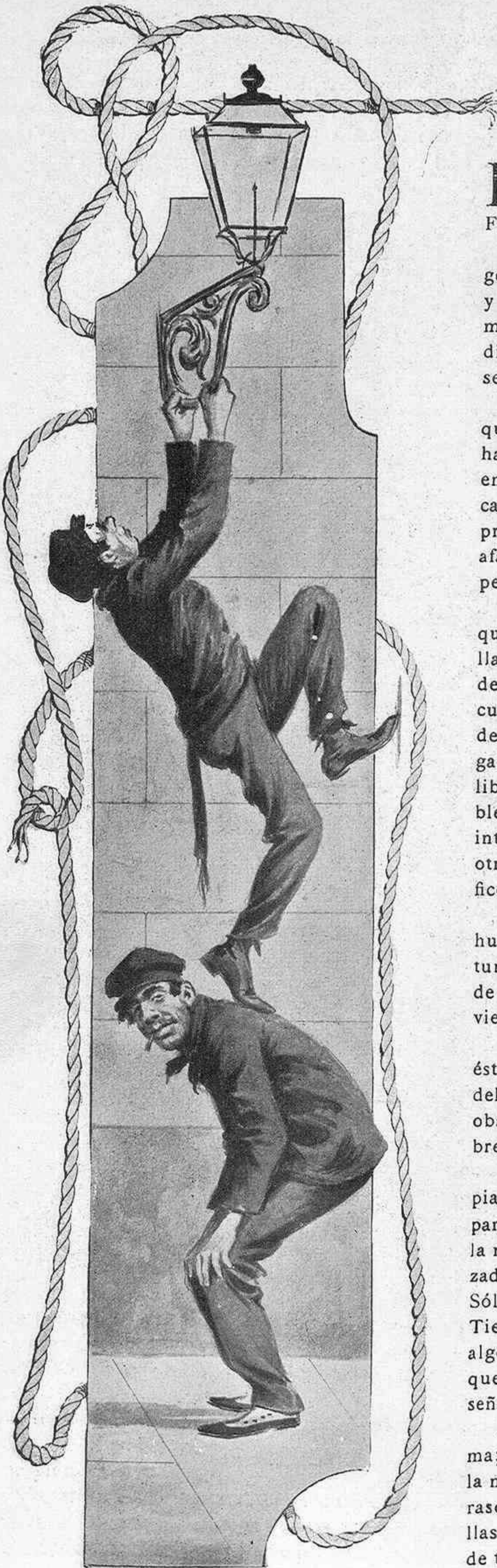


PLUMA Y LAPIZ



Cecilio Pla

NÚM. 65



ESTE ya clásico procedimiento ocupa por derecho propio uno de los lugares más preeminentes dentro de las FEAS ARTES. Como que es la más fea de ellas.

El *atraco*... con rubor lo decimos, no es un *arte* indígena. ¿Quiénes fueron los primeros *atracadores* y dónde y á quién *atracaron*? (Vuelta á ruborizarnos). No lo sabemos; se trata de un procedimiento cosmopolita muy acreditado en todas las naciones, aunque quizá en la nuestra se practica más que en ninguna otra.

Los señores *atracadores* son unos respetables caballeros que conocen al dedillo la mayoría de las FEAS ARTES por haberlas cursado con gran aprovechamiento, sobresaliendo en todas las asignaturas de que se componen. ¡Qué educación la suya tan esmerada! Aprendieron la enseñanza primaria en las cárceles y la *superior* diéronse la los más afamados *profesores* del latrocinio en las aulas de varios penales.

Con la misma habilidad asaltan una tapia ó un balcón que los valientes guerreros de antaño asaltaban una muralla, ó los gomosos *pollos* de hogaño *asaltan* las mansiones de sus conocidas, durante el Carnaval. Así le rebañan á cualquier cristiano la cabeza como pudieran cortar rajas de salchichón. ¡Qué *artistas* tan geniales y qué mal genio gastan! Hay que verlos en sus *talleres*, casi siempre al aire libre, para poder juzgar bien su arte *fea* y á veces horrible. En los *atracos* á los caminantes, en el campo, suelen intervenir dos *artistas* de primer orden, ya *licenciados*, y otro de segundo. Este último, espía y hace signos jeroglíficos á los otros.

En los *atracos* de casas, los mismos personajes. Uno huele, mira y avisa; los otros *se cuelan* en el instante oportuno, no por la puerta principal, pues rehuyen todo género de honores, sino por el hueco más disimulado de la vivienda. Son como los grandes señores: van de incógnito.

Los *atracos* en las calles son cosa más sencilla. Para éstos se bastan dos *artistas*. Resguardados, cerca el uno del otro, en los quicios de los portales ó en otros lugares oscuros, silenciosos, inmóviles, caen como un rayo sobre el viandante á quien se prometen como botín y...

Veán ustedes á don Carmelo, viejo enamorado. Pian, pianito, en cuanto ha cerrado con tres vueltas de llave, para mayor seguridad, su tienda de confitería, á las diez de la noche, ó las veintidós, para que resulte la hora más avanzada, encamina sus pasos hacia el nido de su Dulcinea. Sólo piensa en ella; ¿cómo no, si es una criatura adorable? Tiene unos ojazos así, (hagan ustedes el favor de señalar algo muy grande), y una boquita así (ahora algo muy pequeño), y unas pestañas, ¡ah! y unas mejillas... ¡oh! (no señalen nada). En fin, una hembra de lo mejorcito.

El confitero siéntese capaz de todo por su bellísima dama; sí, de todo, hasta de llevarle, como cariñoso recuerdo, la mejor caja de dulces de su establecimiento, forrada con raso y *peluche* y llena de yemas, frutas y flores y mariposillas de almidón pintado. En el centro hay, sobre un trozo de tocino del cielo, un blanco coco y dibujado en él con canela, un corazón y estas letras: *Tu Carmelín*.

Don Carmelo está á punto de caramelo. ¡Qué dulcísimo rato se propone pasar con su almirada petimetra, la del cabello de ángel, la de los labios como dulce de grosella... La saliva se le hace miel.

De repente una mano se posa sobre su hombro derecho y la caja de dulces se le cae... Ha aparecido á su lado un chulapo con el rostro cruzado por tupidos panitoros, quien le dice cortesmente y muy bajito, con voz aguardentosa:

—Cabayero, ya es tarde. A esta hora las personas honrás han de estar en la cama. Vamos, desnúdese usted inmediatamente.

—Hombre... usted... dis... pense... pero... — profiere el confitero tembloroso, sin saber lo que dice, mientras dirige la vista á un lado y otro, por si puede reclamar el auxilio de alguien.

—Pero ¡ca! cuatro pasos más allá hay otro chulapo limpiándose cachazudamente las uñas con una navaja del tamaño de un chafarote, y sonriendo angelicalmente.

—Miusté, — continúa el *atracador* activo, — que tengo prisa. Vamos, le ayudaré á usted pa acabar antes. Yo soy más fino que el aire.

Y con la mayor delicadeza del mundo le despoja de toda su in-

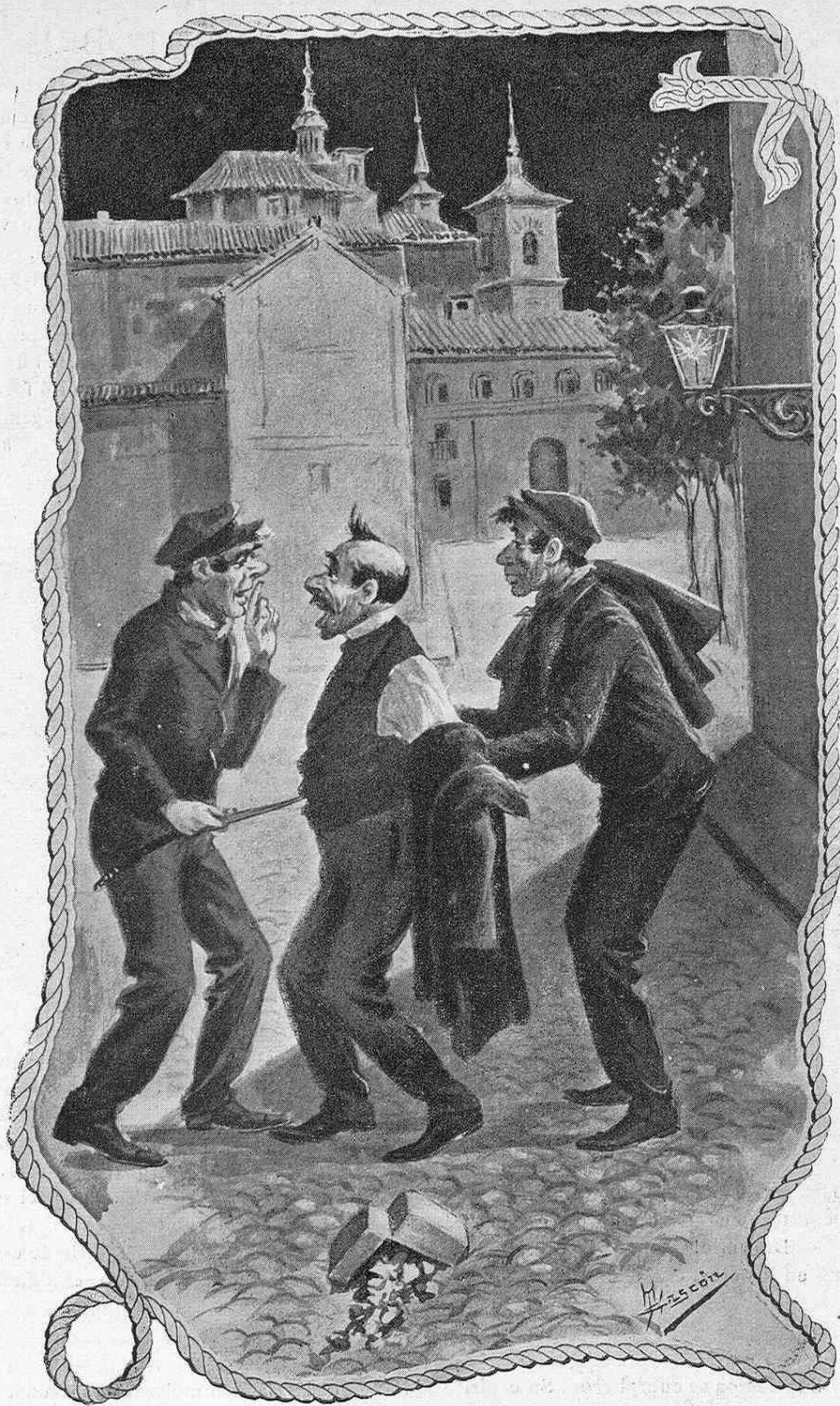
dumentaria exterior; abrigo, levita, chaleco, pantalón, lentes, sombrero y botas, mientras el otro aproxima á su cuerpo lentamente la navaja y se lleva un dedo á los labios, como suplicando silencio.

¡Oh, cielos! ¿Quién negará dotes de *artista* rápido á aquel Frégoli á la inversa? En un periquete deja en ropa blanca al confitero, quien queda tiritando, aturdido, confuso.

Los *atracadores*, concluido su *trabajo*, ofréncenle un dulcecito de la caja, que no acepta. Después se separan de él diciendo:

—Cuidatto con chillar, ¿estamos? Porque *pué* usted constiparse, y á su edad... Conque, ojito con alborotar hasta dentro de un rato. Vaya, buenas noches y descansar. Mucho gusto en haberle conocido. El *Sarampión* y el *Tiberio* se ofrecen de usted buenos amigos que le besan la mano. ¡Ea! hasta la vista.

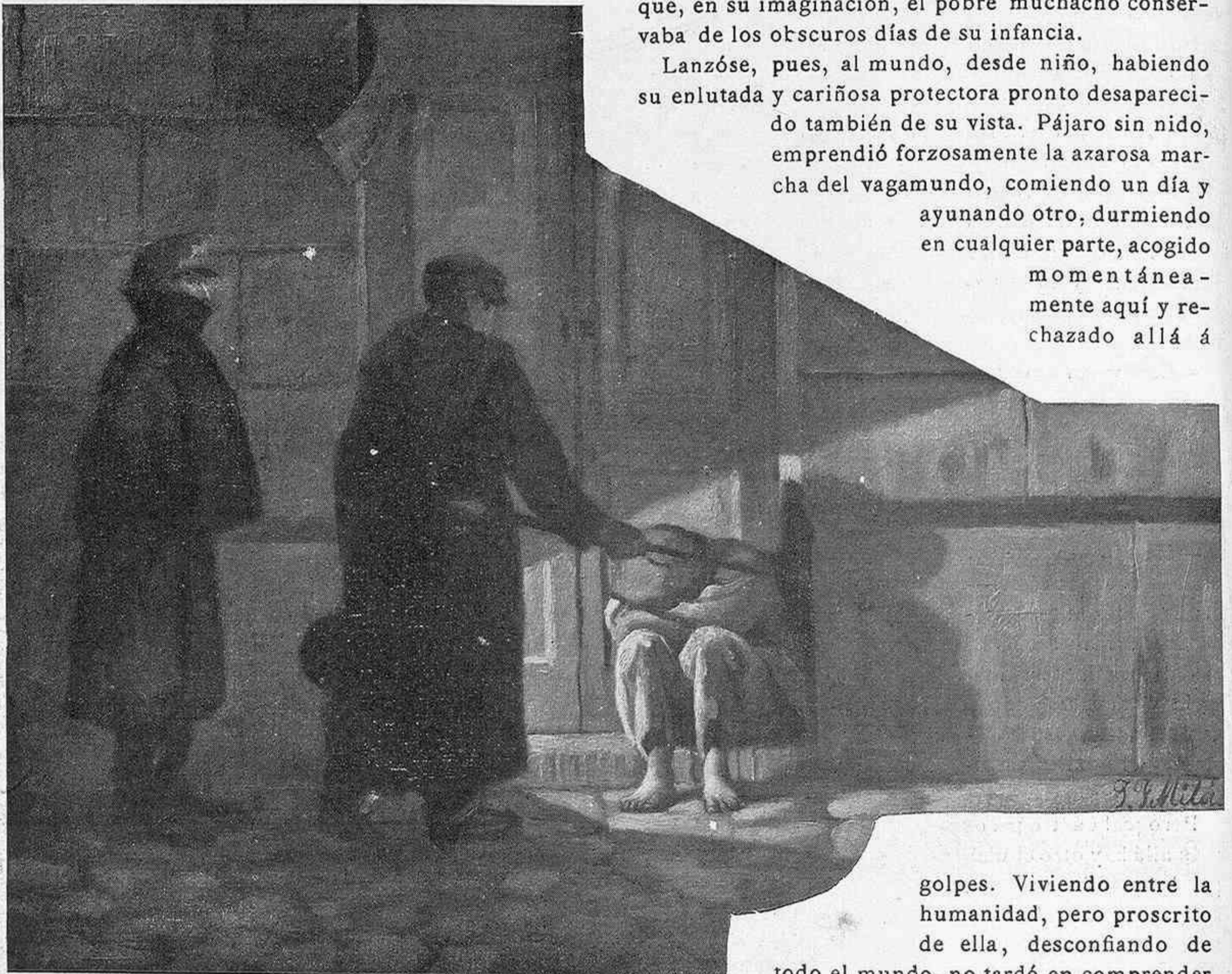
JULIO VICTOR TOMEY



LA RIQUEZA DEL POBRE

NADA de sus padres había heredado Basilio. Ni siquiera sabía sus apellidos á ciencia cierta. De su primitivo hogar tampoco recordaba gran cosa. Entre las vagas penumbras de su memoria, aparecía algo así como una línea de luz crepuscular, á cuya claridad dulce se pintaban tiernas escenas, en que se veía sólo por protagonista una mujer, muy afectuosa para Basilio, siempre triste, vestida de luto. Besos al despertar, cantos al dormir, oraciones de vez en cuando; he ahí lo que, en su imaginación, el pobre muchacho conservaba de los oscuros días de su infancia.

Lanzóse, pues, al mundo, desde niño, habiendo su enlutada y cariñosa protectora pronto desaparecido también de su vista. Pájaro sin nido, emprendió forzosamente la azarosa marcha del vagamundo, comiendo un día y ayunando otro, durmiendo en cualquier parte, acogido momentáneamente aquí y rechazado allá á



los demás mortales, no era una copa que estaba al alcance de sus labios. Pero, el sol brilla para todos, y es menester que la vida, aún para el más desgraciado, no sea un eterno tormento.

—¡Dios mío!—soñaba Basilio, en sus momentos de mayores congojas.—¿He de estar siempre con las lágrimas en los ojos, el lamento en la voz y la pena negra en el alma? ¿No he de ser alguna vez dichoso?

* * *

Sus deseos se cumplieron. Su espíritu se llenó de alegría. Sin mejorar de fortuna, desterró de su corazón el ponzoñoso reptil de la tristeza, que en él se alojaba, y que envenenaba los días del desgraciado huérfano.

Desde una mañana de Abril, en que sonreían los cielos y la tierra, sonrió ya Basilio con perpetuo regocijo. Con una guitarra vieja, que le dió, al morir, un ciego, á quien sirvió de lazarillo, se fué por esos mundos tocando y cantando. Y, para colmo de ventura, para que su suerte fuera compartida por alguien, deparóle el destino una compañera, también, como él, pobre y desgraciada, pero, como él también, joven y alegre.

Iban ambos, de puerta en puerta, pidiendo limosna, al son de sus voces y al compás de la guitarra. Aleccionados por la experiencia, á pesar de sus pocos años, que no pasarían de quince, preferían, como teatro de sus andanzas, los campos á las ciudades. Decían que allí, mejor que aquí, como los corazones eran más sanos, los bolsillos estaban más abiertos. Puede que llevaran razón.

Pero sobre todo, gustábanles los campos, porque en ellos eran más libres, vivían más felices y estaban más tranquilos. No había cortijo, venta ni choza, donde no se les conociera, y se les remediara. No hacían daño á

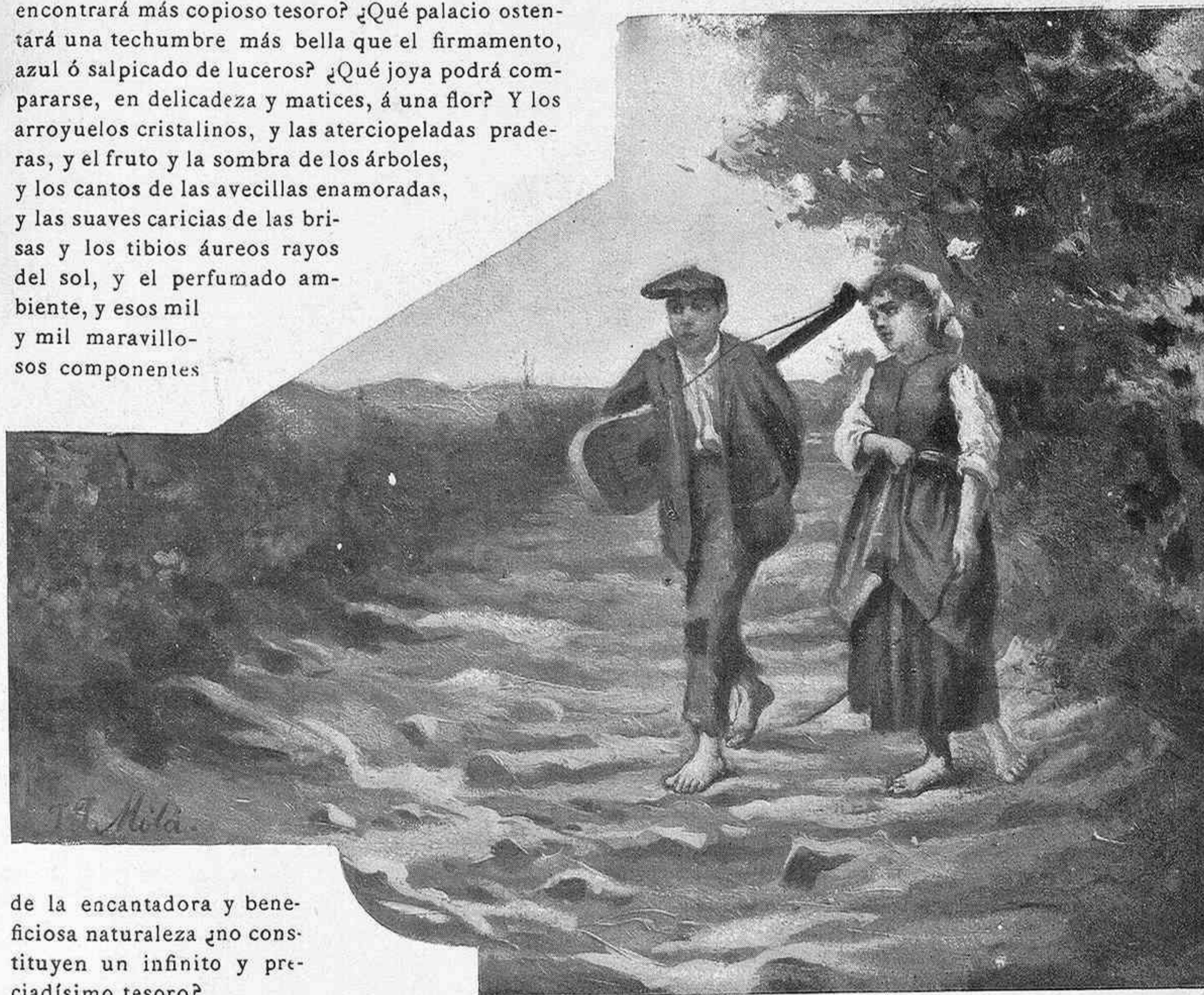
nadie, y nadie les molestaba. No faltaba quien los envidiasen, ni tampoco quien los compadeciese. Y á la verdad, puedo aseguraros que, más que compasión, merecían envidia.

Y, sino, escuchad lo que decían, cuando alguien les preguntaba si eran dichosos:

—Sí, lo somos. No tenemos cuidados, nos amamos, y como los pajaritos del aire, nunca carecemos de sustento. Es cierto que no somos ricos, á la manera que los señores del mundo; pero, también los pobres tenemos nuestra riqueza, y muy grande, y siempre á nuestra disposición, y que jamás se agota.

Y con ademán amplio que abarcaba el cielo y la tierra, añadían:

—Esta es nuestra riqueza. ¡Oh! sí. ¿Dónde se encontrará más copioso tesoro? ¿Qué palacio ostentará una techumbre más bella que el firmamento, azul ó salpicado de luceros? ¿Qué joya podrá compararse, en delicadeza y matices, á una flor? Y los arroyuelos cristalinos, y las aterciopeladas praderas, y el fruto y la sombra de los árboles, y los cantos de lasavecillas enamoradas, y las suaves caricias de las brisas y los tibios áureos rayos del sol, y el perfumado ambiente, y esos mil y mil maravillosos componentes



de la encantadora y benéfica naturaleza ¿no constituyen un infinito y preciadísimo tesoro?

Mas, como da Dios todo eso con mano generosa, el hombre ingrato no lo estima y busca en cambio, tras desesperados esfuerzos, lo artificial, lo falso, lo que no es más que una pálida copia de los dones divinos.

—Esa es nuestra riqueza,—decían Basilio y su amante compañera.

Y decían bien. Y corroboraban sus palabras con un beso dulce, franco, alegre, otro tesoro que no suele hallarse en la casa de los poderosos.

José DE SILES

LA NIEVE

SONETO

Cual purísimas almas, que en la altura,
bajar dudasen al mundano suelo,
gravitan, desprendiéndose del Cielo,
copos de nieve de impecable albura.
En la casa; en el cerro; en la llanura,
pósanse al fin los copos, con recelo.
Trócase el grave tachonado velo
en luciente sudario de Natura.

Y luego, en su lumínico prurito,
del Sol al reflejar la intensa llama,
es un foco de luz, claro, infinito,
que de alegría al corazón inflama.
¡Qué cuadro tan grandioso! ¡Qué bonito!
para extasiarse ante él, desde la cama

A. HERNÁNDEZ Y CID

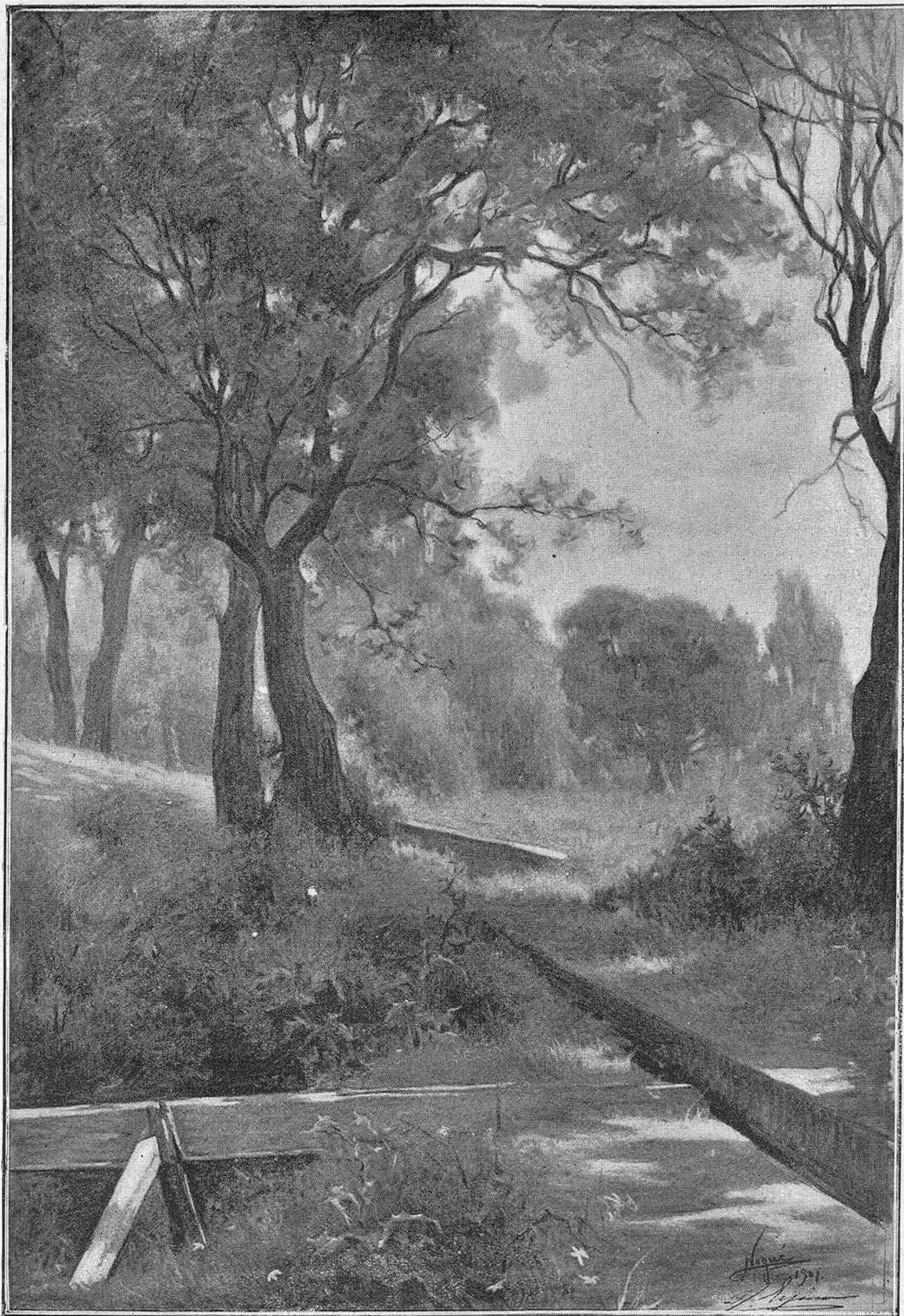
DE CÒMO LLEGÒ À SERLO
EL ULTIMO SACERDOTE DE NEMI



ANTISTUIS era un filósofo que, llegado al sacerdocio de Diana, abolió los sacrificios humanos (1) en los primitivos tiempos de la República latina.

El templo de la *Diana Nemorensis*, cuyo culto databa de la más alta antigüedad, estaba situado en una altura á orillas del lago Nemi, y era servido por un gran sacerdote y varios adjuntos y siervos del templo, destinados al cuidado del mismo y á la ejecución de los sacrificios de las víctimas humanas ó animales

(1) Véase el drama de Renan «Le Petre de Nemi.»



PAISAJE.

que se ofrecían á la diosa. El viajero extraviado, el enemigo que entraba, eran sacrificados, pues se consideraba que los dioses los conducían á aquel terreno sagrado para ello. El sacerdote debía de salirles al encuentro y atacarles. Si era muerto en el combate, el matador pasaba á ser gran sacerdote, pues se decía que Diana le había dado la victoria, pues lo quería para su servicio. Este era el origen de este terrible sacerdocio. Para llegar á ser consagrado se tenía que matar al sacerdote existente y comprar el puesto con su sangre, no había otro medio.

¿Cómo Antistuis, que abolió los sacrificios humanos, subió al supremo sacerdocio teniendo que teñir sus manos en sangre humana?

Escuchad.

Antistuis era un joven de una de las primeras familias de Aquilalonga, el cual, después de haber fortalecido su cuerpo tal como en aquellos tiempos se exigía, sintiendo una pasión para fortalecer su espíritu, se marchó, con lo que le dieron sus padres, á Grecia para estudiar la Astronomía, las Matemáticas, Física y, sobre todo, la Filosofía.

Es fama que en Atenas conoció á Demócrito, que había asistido á las lecciones de la escuela de Elea, también se decía de él que había sido iniciado en Eleuni.

Al cabo de tres años volvió á su casa para abrazar á sus padres, y hacer prosperar su hacienda, aplicando los conocimientos que en el país helénico aprendiera. Pero cuál no fué su sorpresa al llegar y encontrarse con su casa incendiada, el corral y el establo en ruinas, sin los rebaños, sin los bueyes ni los caballos, y sus padres... sus padres habían sido asesinados por una banda de ladrones que asaltó la finca, llevándose las reses y el dinero.

El dolor de Antistuis fué grande, pero pronto al abatimiento sucedió el deseo de venganza. Enteróse, por unos vecinos, de que aquellos malhechores habían venido del lado de Roma. El que los mandaba era un bandido terrible, llamado Anicetus. Y Antistuis partió buscando el rastro del asesino de sus padres, del que le había sumido en la ruina.

Al llegar la noche la Vía Appia era el lugar más tranquilo de los alrededores de Roma. Durante todo el día lo recorrían los caminantes, los carros, los jinetes que venían de sus villas, los labradores que iban ó volvían de sus faenas, los mercaderes que llegaban de la Incania ó de Campania, los que habían desembarcado en el golfo de Nápoles y en cuadrigios se dirigían á la villa del Tiber, ó los opulentos atraídos por los placeres de Baias y de Capua. Mas, una vez puesto el sol, la animación se extinguía, y los muertos que descansaban en los mausoleos que guarnecían ambos lados de la vía, podían dormir en paz, pues ningún sér humano iba á turbar el silencio de sus tumbas.

Sólo una noche al año hacía excepción á esta regla; la de las *Idas de Agosto*. Entonces, desde la puesta del sol hasta el alba, la puerta de Capene daba paso á una muchedumbre innumerable de matronas, de jóvenes, de niños y niñas que, apiñados en carros ó montados en mulos ó en borricos, iban riendo, cantando, hablando al peregrinaje del templo de Nemi, para llevar sus ofrendas á la diosa Diana é implorar su protección ó su clemencia. Como que tenían que llegar al santuario antes de la salida del sol, partían al anochecer de Roma, para hacer de noche, y sin calor, las seis leguas que la separaban de tan famoso templo.

En una de esas noches de las Idas de Agosto, en los primeros tiempos de la República, las devotas de Diana que habían salido de la gran ciudad se hallaban, antes de apuntar el alba, reunidas en la pequeña ciudad de Aricia, desde donde se dejaba la Vía Appia, para tomar un camino que, serpenteando á través de los bosques, conducía al lago sagrado. La peregrinación había invadido todas las tabernas, los albergues y los pórticos de la población, donde á la luz de las antorchas se servían desayunos y bebidas, mientras se dejaban allí los carros y las cabalgaduras hasta la vuelta. El culto de la diosa cazadora ordenaba que ningún animal de carga ni ningún vehículo pudiera invadir sus sagrados bosques. Así se hacía á pie aquel corto trayecto.

La marcha empezaba al llegar dos servidores del templo á la proximidad del alba y dar la señal de formarse la procesión sagrada. Las peregrinas llevaban en la mano una antorcha resinosa, las que no llevaban estatuitas de la diosa, capillas, exvotos, imágenes de enfermos ó de niños, etc., etc. Entonces, la comitiva introduciéndose en el bosque de pinos, llegaba á orillas del lago é iba dándole la vuelta, pudiendo verse, desde las azoteas de Aricia, como una culebra luminosa que se escurriera por los bordes de la sagrada laguna, hasta ganar la altura del templo. Al mismo tiempo se elevaba en coro esa letanía, con armonioso acento:

«¡Diana, cazadora divina, que guardas las montañas y los bosques, protégenos!

»¡Diana, tú que con tus flechas alcanzas los ciervos más veloces y matas los lobos y los linceos, defiéndenos de las desgracias!

»¡Diana, virgen inviolable é inviolada, soberana protectora de los matrimonios, tú que proteges las jóvenes madres y salvas el fruto de sus entrañas de una muerte prematura, Diana Lucinia, Diana Genetriz, vela sobre nosotras!

»¡Diana, hermana hermosa del brillante Apolo, reina de los astros, tú, cuya dulce claridad pone á raya las tinieblas de la noche, ahuyentando los malhechores que huyen de tus rayos, Diana Selene, cúranos y purifícanos!»



Y mientras la procesión marchaba, en lo alto del Cielo brillaba la luna, la Diana Selene, y su argentado cuarto creciente se reflejaba en el puro espejo del lago, como para estar más cerca de sus adoratrices y responder á sus llamamientos.

La cerca del templo empezaba á la mitad de la costa, hacia la punta septentrional del lago. En la roca viva de un montículo habíase hecho una esplanada de 1.125,000 palmos cuadrados, en cuyo centro se elevaba el templo, que era un edificio cuadrado de unos 150 palmos de lado. Lo formaba una estancia rectangular sobre una escalinata; una doble línea de columnas, en forma de pórtico, rodeaban el vestíbulo. El estuco de que estaban resvestidas las columnas, así como el frontón y los muros del templo, todo era policromado con colores brillantes. Un tejado de doradas tejas de bronce cubría el edificio. Delante de la escalinata que conducía al santuario, estaba el ara del sacrificio. Circuía el templo una pared elevada, la cual estaba llena, por su cara interior, de los exvotos que los fieles, desde tiempo inmemorial, habían allí depositado. Estos consistían en estatuillas de la diosa, con sus animales favoritos, ciervos, palomos, etcétera y eran de tierra cocida, de cera, de bronce y aún de plata ó de oro. Otros eran tabletas pintadas; otros, objetos de cera representando los niños ó las mujeres, sobre los que se reclamaba la protección divina. Otros eran sólo las partes enfermas; los pechos, los ojos, las piernas, etcétera, etc., también había altarcitos y capillitas y hasta reproducciones del propio templo de la diosa.

El gran sacerdote, en la época de esta peregrinación, hacía ya cerca de quince años que ejercía allí su sacerdocio. Habíalo conquistado, como todos sus predecesores, por la fuerza de las armas, matando á su antecesor, y como, á más de tener una talla y una musculatura colosal, se decía de él que era un gladiador perfecto, nadie se atrevía á disputarle el cargo. Además, era fama que todos los hombres que habían querido penetrar en el sagrado recinto, morían atravesados de flechas. De su origen nada se sabía, sólo era notorio que había admitido y colocado en el templo á varios desconocidos.

La aurora teñía las nubes de color de rosa, las cúspides de los montes Albanos se tornasoleaban de reflejos rojizos y violáceos. La peregrinación llegaba y las mujeres se extendían por el pórtico, alrededor del templo, ó iban á colocar, con la ayuda de los acólitos, sus exvotos en la pared de la cerca. Algunas se paseaban por el

bosquecillo de pinos y otras se bañaban en las piscinas, para purificar así su cuerpo, antes de presentarlo á la diosa. Otras bañaban á sus hijos. Muchas invadían las tiendas en que se vendía, alrededor del templo, exvotos, antorchas, imágenes de Diana y otros objetos del culto. Había marmolistas que tenían lápidas con fórmulas del ritual grabadas, para pedir una gracia, en las que sólo estaba en blanco el nombre de la demandante, que llenaban al acto. Varias jóvenes llenaban las columnas de guirnalda de rosas de Pæstum.

Por fin, salió el sol, y al reflejarse sus primeros rayos sobre las doradas tejas del templo, cuatro esclavos se adelantaron en lo alto de la escalera y dejaron oír los sonos de sus largas trompetas, que anunciaban la apertura del templo.

El templo se abrió y salió de él un cortejo sagrado. Primero, delante de todos, marchaban un grupo de niños vestidos de blanco, llamados los *Camillis*, llevando en las manos los incensarios, la sal, la harina y los instrumentos del sacrificio. Seguían, en dos hileras, los ministros del culto y los acólitos del gran sacerdote. Cuatro de ellos llevaban en andas la estatua de la diosa, antiguo ídolo de madera pintada, que estaba escondido á las miradas de los profanos los demás días del año. La estatua estaba vestida con unas faldas de losanges ajedrezados, de colores brillantes. Cubiertas las espaldas y la parte alta del cuerpo con un peplum de color de grana, prendido con preseas y un cinto de oro. Una mitra esmaltada de azul obscuro, llena de estrellas de plata, adornada en la parte frontal con una argentada luna en creciente, colocada sobre una triple hilera de cortos bucles, que encuadraban la frente, formaba su tocado. En una mano llevaba un arco de plata, á su espalda pendía un carcax lleno de flechas. Y, sacudida por la marcha de los que la llevaban, el arco temblaba en su mano, así como el carcax pendoleaba en sus espaldas. Detrás marchaban los *victimarios*. Uno con un enorme mallete y el otro con un gran cuchillo y un haz de cuerdas.

A la aparición de la Virgen celeste, el coro de mujeres volvió á entonar las letanías al unísono.

Acabadas las letanías, el gran sacerdote, vestido de pontifical, con una túnica toda brodada de oro, hizo colocar la estatua en el atrio, sobre un pedestal, delante de la puerta del templo. Aproximóse al ara, ya encendida, tomó un puñado de incienso que le presentó un cumilo en un cofrecito de oro, lo echó al fuego, y luego, tomando una copa cincelada llena de vino, levantóla en lo alto, la ofreció á la diosa y vertió una parte de él sobre el fuego, que levantó una humareda blanquecina. Luego le presentaron unas tabletas de bronce en que había antiguas fórmulas de plegarias, sólo de él comprensibles. Las recitó al són de flautas y liras y las mujeres respondieron á coro la letanía de la diosa.

Entonces hizo entrar los animales destinados al sacrificio. Una vaca blanca, marcada en la frente con una media luna negra. Y una cabra negra marcada con una luna blanca. Los animales que se sacrificaban á las diosas, forzosamente debían de ser de su sexo. Las víctimas estaban llenas de guirnalda y de cintas, y sus cuernos parecían ramos de flores.

Los *victimarios* condujeron los dos animales al altar. El gran sacerdote se cubrió la cabeza con un extremo

de su capa, como era de uso, é hizo depositar al pie del ara la sal, la harina y el agua lustral. Mas apenas había empezado los *aspergis* del rito, que el cielo, como si subiera por la parte de Oriente una cortina negra, se cubrió de espesas nubes, la atmósfera se obscureció y rugió el trueno. Fué á cortar el pelo á la cabra negra y, apenas le había colocado la mano encima, brilló un relámpago seguido de un trueno estrepitoso y se apagó el ara. Todo el mundo fué sobrecogido de terror, aquello era un mal augurio. Diana no quería ya ser servida por Julius.

Al mismo tiempo oyéronse gritos al exterior y compareció un guerrero armado con su escudo, su coraza y su casco, espada en mano.

Un relámpago lo iluminó y apareció, á los ojos de las mujeres, brillante como si fuera un dios.

El gran sacerdote al verlo quedóse un momento sobrecogido de espanto; mas pronto quitóse la capa y la túnica, embrazó su escudo que sus sicarios le presentaron, calóse el casco y empuñó una espada. El guerrero le esperaba al pie de la cerca y le hizo señal con la punta de su gladio de salir al bosque. Julius no tuvo más remedio que salir solo, como el ritual marcaba, delante de toda la peregrinación que estaba en expectación ansiosa. Ambos

combatientes se marcharon al interior del pinar y empezó el combate. Las mujeres subieron á lo alto del templo, y colocáronse en las gradas los chiquillos, encima de la cerca. Todos esperaban impacientes el resultado.

Julius se defendía bien y atacaba con destreza, pero su adversario era ligero, saltaba, y ninguno de los golpes llegaba á alcanzarle. Parecía que se proponía sólo cansarle, pues era más joven y más ágil. Julius empezaba á fatigarse; se batía á la defensiva. Entonces su adversario se echó sobre él, privándole de mover el gladio con su escudo; Julius quiso saltar atrás pero se lo impidió un pino; y á la luz de un relámpago vióse al guerrero hundir su gladio en la garganta del sacerdote, resonando en el espacio un trueno horrible, trueno que hizo temblar los ámbitos del templo.

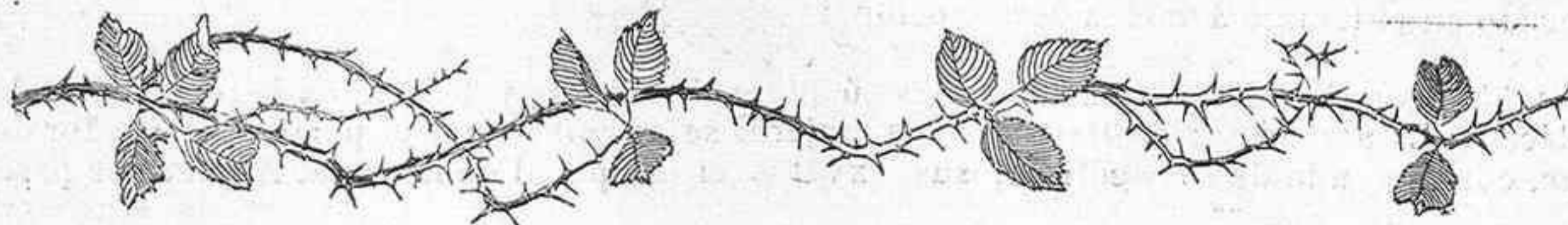
El ara, por sí sola se había vuelto á encender. Los sacrificadores acudieron; pusieron el cuerpo del difunto sobre unas andas, lo llevaron al atrio; hicieron una pira con leña seca, y pusieron el cadáver encima. En esto, las nubes se rasgaron, salió el sol, serenóse el cielo y apareció el guerrero en lo alto de la gradería, con la espada llena de sangre, sin el casco ni el escudo. Y dijo con voz firme:

—«¡Julius Anicetus ha vivido!» Que él sea la última víctima humana que se sacrifique en este templo. ¡Esclavos! encended la pira. Sonad trompetas y proclamad á Antistuis gran sacerdote elegido por la Divina Diana.

Y las mujeres entonaron la sacra letanía, al tiempo que Antistuis revestíase de la túnica y la capa sacerdotales, y que el cuerpo de Anicetus era devorado por las llamas.

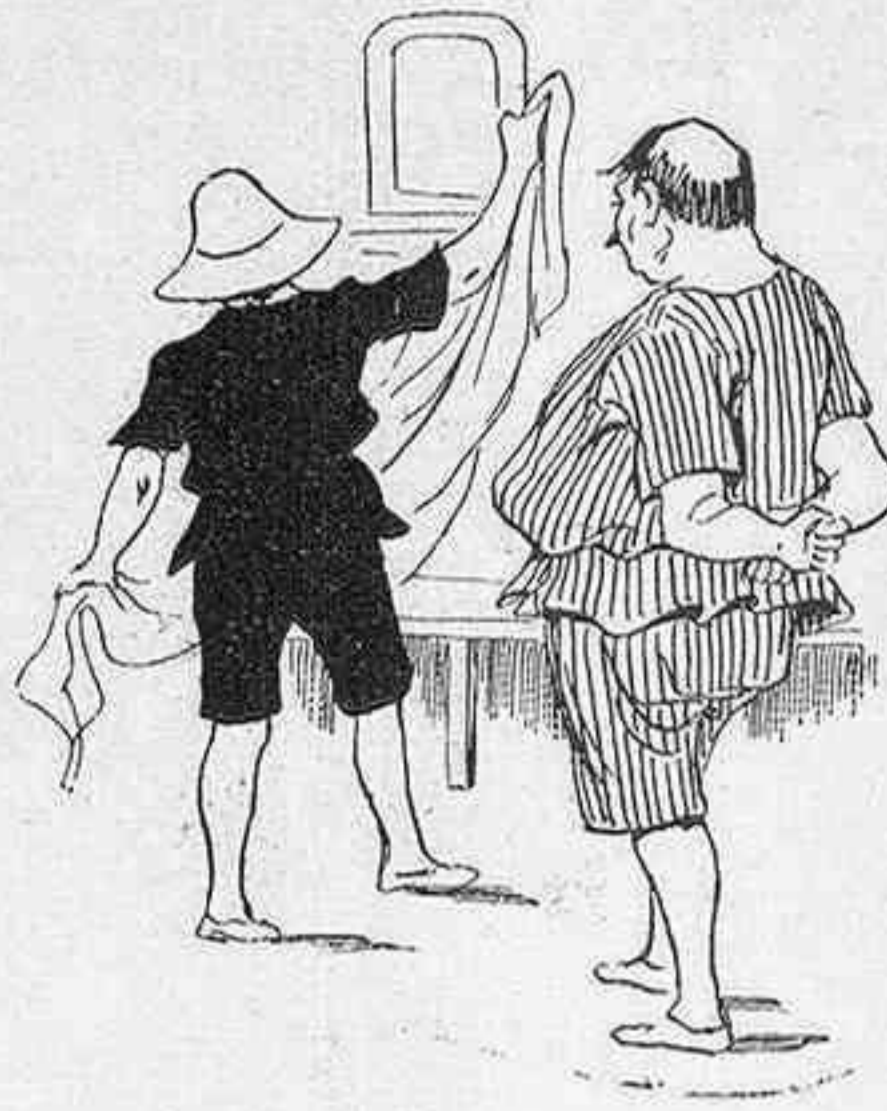
POMPEYO GENER

Ilustraciones de NICANOR VÁZQUEZ.





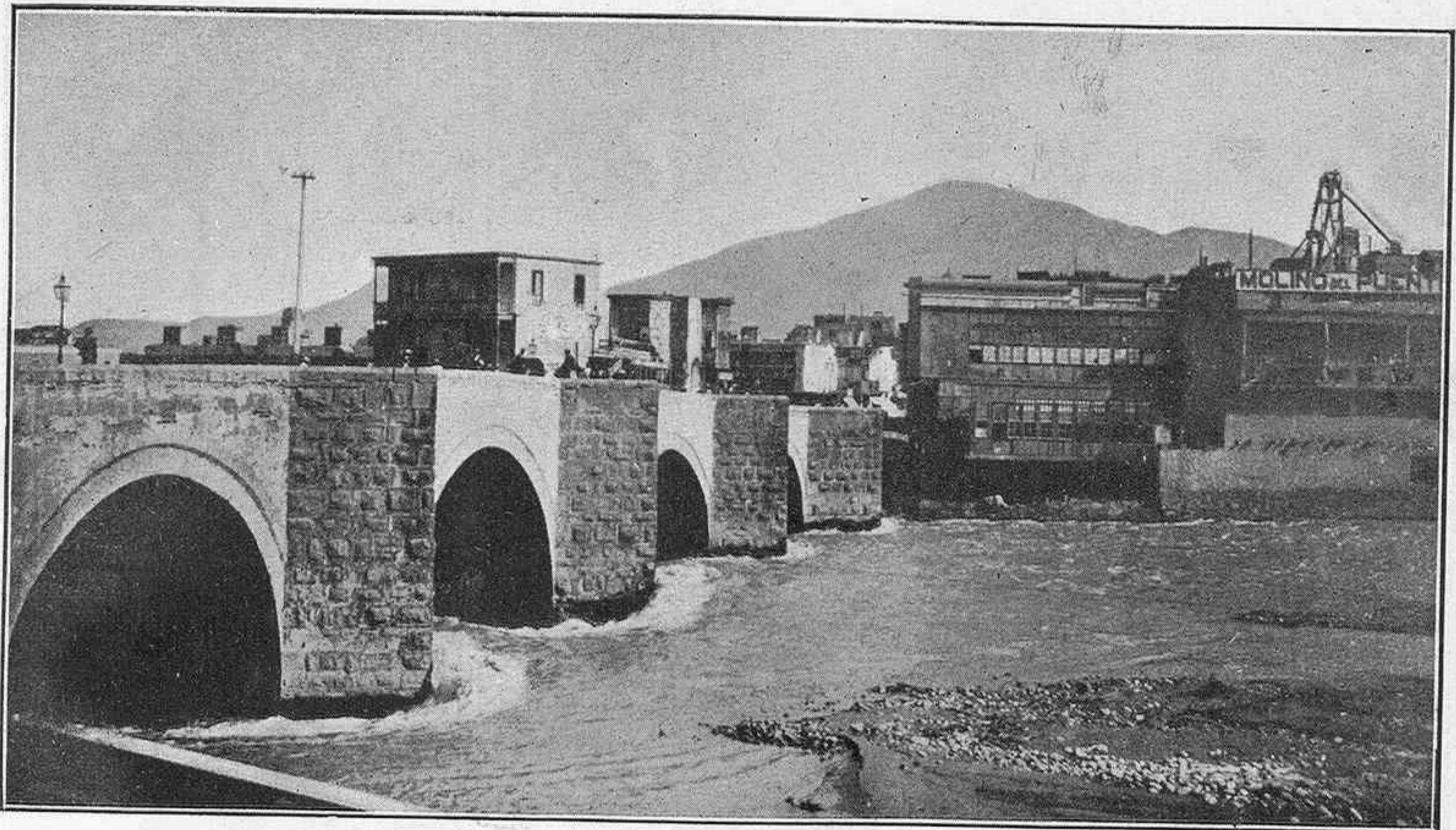
1.—A ver, bañero, quién ha andado en mi ropa que no puedo dar con mis pantalones.
—Pues tienen que estar, porque no ha entrado nadie; verá usted qué pronto parecen.



2.—¿Sabe usted que esto es muy raro?
—Lo raro sería que me tuviera que ir á casa en este traje.



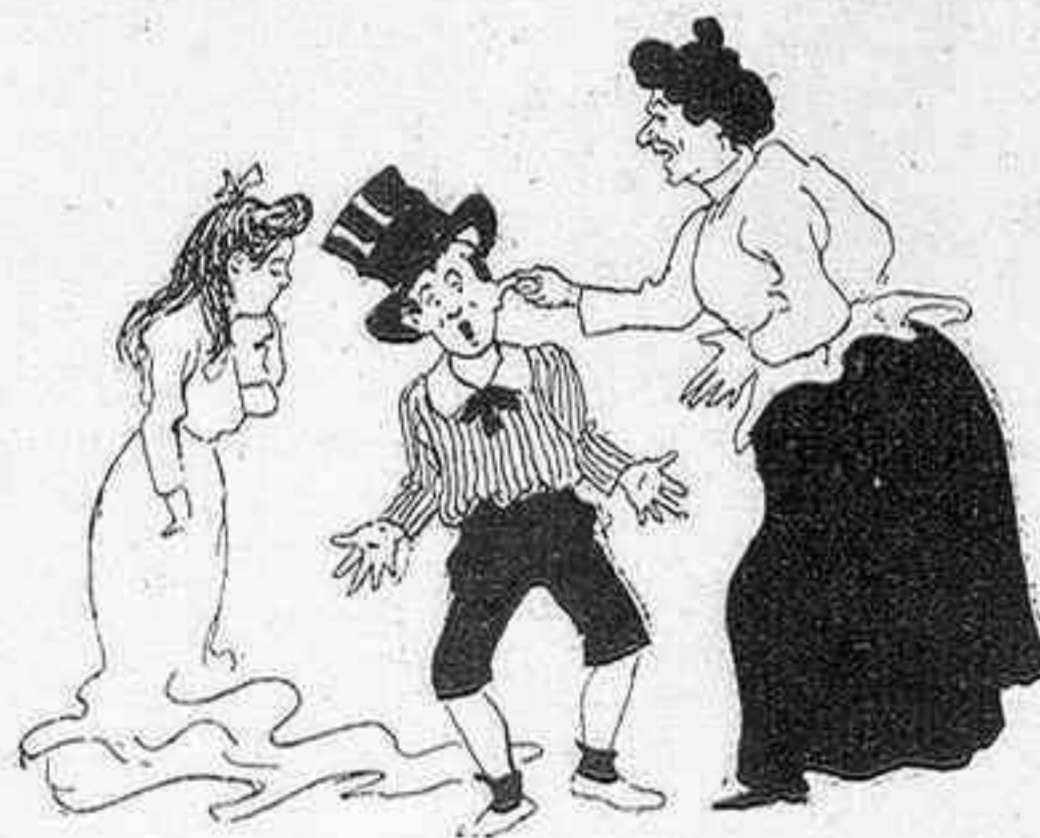
3.—Total, que no parecen ¿eh? ¿le parece usted si esto tiene gracia?
—Pero... ¿usted está seguro de que los ha traído puestos?



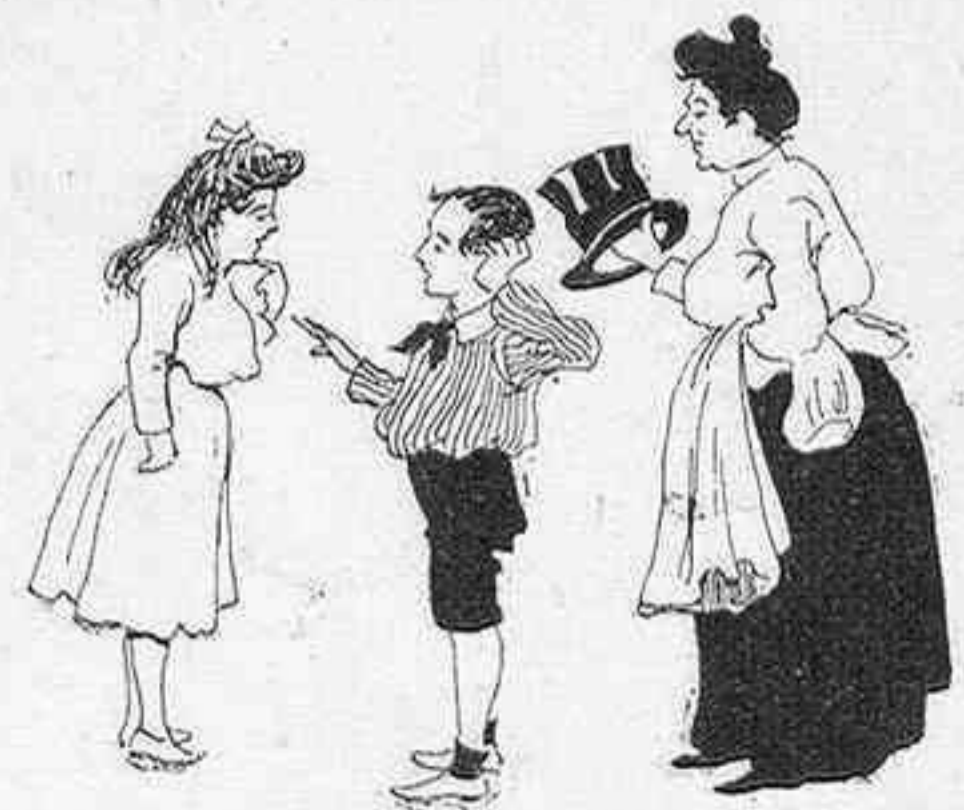
PUENTE DE PIEDRA. — LIMA (Perú).



1.—¿Qué harán en ese cuarto estos muchachos que están tan callados? Ah, ¡lo de siempre! diabluras.



2.—Te parece bien, ¡granuja! ¿estropear el sombrero nuevo de tu papá?
—Si es que estábamos jugando á personas mayores.



3.—Ya te daré yo, ¡pillete!
—¡Valiente suegra le ha caído á tu marido cuando te cases!

Fot.-Tip.-Lit. del «Album Salón».

CARTELES

ARTÍSTICOS

A. MUCHA



SERIE 2.^a

NÚM. 4

Cartel publicado por la casa «Möet y Chandon». — París.